

Elena Fortún

Celia novelista

Dibujos de Molina Gallent



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1992
Tercera edición: 2021

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Herederos de Encarnación Aragoneses
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1992, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-408-2
Depósito legal: M. 9.035-2021
Printed in Spain

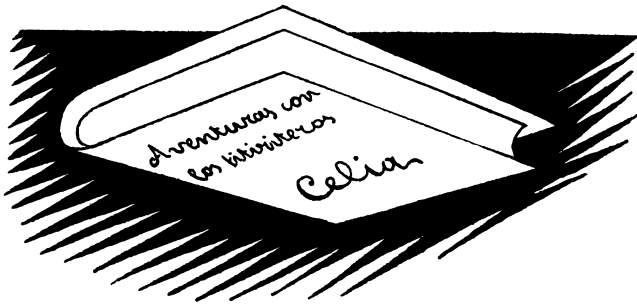
Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Aventuras con los titiriteros
- 15 Aventuras con los titiriteros
- 23 Con la mona
- 30 Titiritera
- 37 La sirena del mar
- 45 En el fondo del mar
- 53 En África
- 60 El palacio del Sultán
- 67 En Belén con los pastores
- 75 El Paraíso
- 82 La puerta del cielo
- 89 Epílogo

- 91 Las vacaciones de Lita y Lito
- 93 La casa de la bruja
- 101 ¡Adiós, adiós, *Perico!*
- 109 Volando
- 115 La casa de Pateta
- 122 Pichote
- 129 Las ranas verdes
- 136 La rata sabia
- 143 La pájara pinta

| | |
|-----|----------------------|
| 149 | En las nubes |
| 156 | La pajarita de papel |
| 162 | La bruja Marmota |
| 168 | El concurso |
| 175 | La función de circo |
| 181 | El banquete |
| 187 | La escuela |
| 193 | Colorín, colorado |
| 200 | Final |



Papá, al despedirse, cuando se fue lejísimos con mamá y Baby, me regaló un libro precioso, con unas hojas blancas y las tapas de piel.

–Para que escribas en él tus fantasías –me dijo.

La madre Loreto se lo enseñó a todas las madres.

–Debería escribir en él jaculatorias y oraciones...

–No; yo escribiré una novela. Una novela como un cuento...

Muchas cosas se me ocurrieron que podría escribir; pero nada me parecía bastante bonito para un libro tan elegante.

Ya era verano. Todas las niñas se habían ido a sus casas, y ¡yo estaba sola para tres meses!

–¿Se puede saber por qué llora usted de ese modo? –me preguntó una madre.

–Porque no tengo con quien jugar... y me aburro...

–¿Se aburre? ¿Para qué le sirve entonces tener tanta imaginación? Si usted se lo propone, puede figurarse que está en el jardín del Paraíso, o en el Cielo, jugando con los ángeles... Y hasta puede que sea verdad si es buena...

He jugado a ser Caperucita y a coger flores en el bosque mientras llegaba el lobo, pasito a pasito, a comerse a mi abuela... Después me dio miedo ir a casa del jardinero, porque aquella era la casa de mi abuela, y me estaba esperando el lobo, y no podía acabar el cuento.

Otra vez era yo la hermana Ana de «Barba Azul» y me subí a la tapia para mirar el camino.

—¿Qué ves, hermana Ana?

—Veo el camino que blanquea y el campo que verdea...

Mientras, Barba Azul afilaba la espada para cortarnos la cabeza a mi hermana y a mí.

—¿Qué ves, hermana Ana?

—Veo la pradera y una gran polvareda.

—¿Son nuestros guerreros?

—No, que son carneros.

Las chicas, que jugaban al otro lado de la tapia, y que no saben el cuento, se creyeron que se lo decía a ellas.

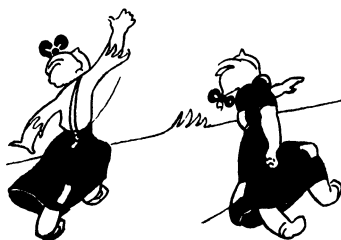
—¡Pero si es la Celia! ¡Y nos ha llamado carneros! ¡Tú sí que eres una oveja modorra!

Yo no quería hacerles caso, porque estaba esperando a los guerreros, que venían a salvarnos... Y las chicas empezaron a tirarme pegotes de barro, que me dieron en el vestido y en la cara...

Al fin tuve que escurrirme por la tapia abajo y figurarme que ya habían llegado mis hermanos y habían matado a Barba Azul.

—¡Qué fantástica es usted, hija mía! ¡Cuántas fantasías hay en esa cabecita loca!

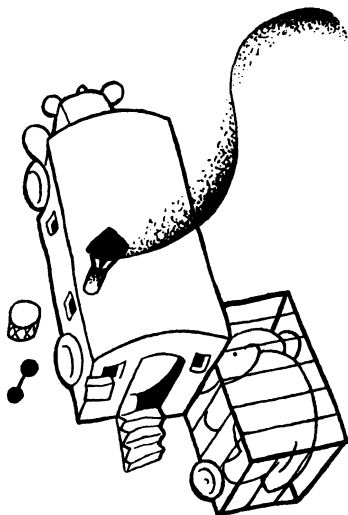
¡Fantasías! ¿Podría escribir todo esto en un libro, con las hojas blancas y las tapas de piel?



No, no; esos son cuentos que están escritos en muchos libros... Yo tenía que inventarlo todo, todo, y contarlo como si fuera verdad y estuviera pasando...

Sería la historia de una niña que se llamaría Celia, como yo, y andaría sola por el mundo...

¿Una niña como yo? No, no; yo misma... Yo, que me iba por el mundo, ahora que mis papas me habían dejado sola,



y, andando, andando, me encontraba un hada, y luego un enano, y nos íbamos al país donde pasan todos los cuentos, y llegábamos a una isla desierta...

Había que pensarlo mucho antes de empezar.

Y algunas tardes jugaba a ser una niña de novela y a estar en la isla desierta y a que una lancha venía a buscarme...

Casi fue verdad aquel día que vino doña Benita y me llevó con ella a pasar unos días fuera del colegio, en la fonda de la plaza...

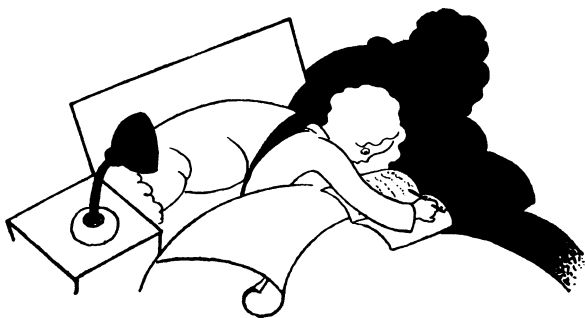
Allí en medio había un coche grandote con titiriteros dentro, y un perro y una mona por fuera... Todo como en una novela de verdad.

La niña que andaba por el alambre se llamaba Coralinda, y era la mejor titiritera del mundo, que me lo dijo ella misma.

Ella y el señor que tocaba la trompeta habían trabajado delante de todos los emperadores, y cada emperador les había regalado una cruz de oro... Ahora iban a Pekín para hacer títeres, y que les vieran los chicos y les dieran otra cruz...

¡Si yo me fuera con ellos! ¿Y por qué no? Desde aquel día comenzaba mi novela de aventuras, como si fuera de verdad.

Después de ver los títeres en la plaza, nos iríamos a acostar al cuarto de la fonda. Doña Benita se dormiría pronto, y entonces yo encendería la luz, sacaría el libro y el lápiz de debajo de la almohada y empezaría a contar...



Aventuras con los titiriteros



¡Me escapé! Salí a la plaza, miré por todas partes, sin ver el coche, y grité:

–¡Los titiriteros se han ido!

No había circo, ni coche, ni luces, ni nada, y me puse a llorar de pena...

–Dime, chico, ¿dónde se han ido los titiriteros?

–Se han marchado a la carretera, a las afueras del pueblo, y se irán a Pekín mañana por la mañana...

Corrí, corrí, corrí por las calles hasta salir al campo. ¡Allí estaban!

Los vi en seguida. La luz verde en lo alto del coche, y ellos iban y venían alrededor.

–¡Coralinda! ¡Coralinda! –grité. Hasta que salió la niña del pelo rubio.

–¿Qué quieres?

–Yo soy Celia, y me quiero ir con vosotros.



Entonces se asomó a una ventana un señor gordo y me volvió a preguntar lo que quería. Cuando lo supo, me dijo que no me llevaba porque no quería tener disgustos con la Guardia civil.

–¡Pero si yo no conozco a ningún guardia!

–¿Dónde están tus padres?

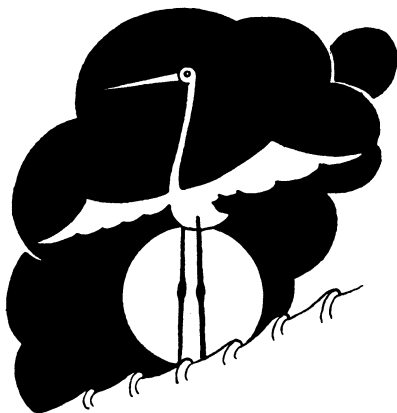
–En Pekín.

–¿Es verdad eso?

–Claro que es verdad. Ya lo verán cuando lleguemos. Yo no tengo a nadie más que a doña Benita.

–Pues esa señora dará parte...

–Que no, señor... ¡Si lo sabré yo! Dirá que me han llevado las brujas... Además, no tiene dinero ni quiere ir a buscarme, y se alegrará de que me haya ido... También tengo una cigüeña preciosa.



Después de mucho discutir, decidieron que me llevarían con ellos, y a la cigüeña también.

Todos nos subimos a ese coche, que es como una casita, y echó a andar.

En seguida llegamos junto a las tapias del colegio.

Precisamente, subida en ellas, estaba *Culiculá*, estirando las alas a la luz de la luna.

—*¡Culiculá! ¡Culiculá! ¡Chist! ¡Chist!*

Hasta que me vio y bajó al suelo de un brinco.

Les pareció muy bonita, y muy mansa, y que estaría muy bien, con lazos en las patas y en el cuello, corriendo alrededor del circo.

—Todo será que nos la comamos, si no sirve para otra cosa —dijo el señor gordo.

—¡No, no! Yo le enseñaré a brincar y a decir que sí y que no... Ya verán cómo se ríe la gente...

La pobre cigüeña estaba asustada de verse dentro del coche; pero como yo la acariciaba siempre, se fue tranquilizando.

Entre tanto, el coche corría, corría, y pasaba pueblos y más pueblos; y al fin, me dormí tirada en el suelo...

Por la mañana me encontré con que el coche estaba parado en una pradera, frente a una ermita.

Coralinda me dijo que habíamos corrido toda la noche, y que estábamos a miles de leguas de doña Benita y del colegio.

¡Pobre doña Benita! Me alegró estar tan lejos del colegio y ya no volví a acordarme de nada.

El señor gordo es el amo de todo, y se llama *monsieur* Pilochant. Es francés y tiene muy mal genio.

¡Pero es más listo! Cuando nadie ve venir nada por el aire, a él le vienen a la mano manzanas, y huevos, y pesetas, y duros... También sabe sacar monedas de las orejas de la gente, y de las narices, y de los pliegues de los vestidos.

Yo estoy todo el día con los ojos muy abiertos para ver si aprendo a ver y coger lo que anda por el aire.

Esto es mucho más bonito que todos los cuentos. Aladino tenía una lámpara, otros una sortija, o una varita mágica... *Monsieur* Polichant es todo él mágico y saca las cosas de donde quiere.

Delfina es una muchacha que lleva el pelo tendido por la espalda y está siempre sentada en un sillón.

Es una sirena. El que no me quiera creer, que no me crea, pero yo lo he visto.

No tiene piernas, sino una cola de pescado muy grande y plateada, y la lleva todo el día cubierta con una manta.

Carachupa es la mona. No habla, porque se le ha olvidado, pero ya hablará en cuanto se acuerde. Aunque está feílla, es mi amiga.

El salvaje se llama Cachibú. Dicen que no come más que niños pequeñitos, y cuando pasa por mi lado me enseña los dientes.

Le tengo miedo. Me ha dicho Coralinda que a nosotras, como somos mayores, ya no nos come. Por si acaso, no me acerco a él.

Además, hay otros dos hombres, y una señora encarnada y un elefante verde. Verde, sí, señor. No vayan a creer que no es verdad.

Está metido en una jaula, que luego enganchan al coche grande, como si fuera un tren.

También tenemos un perro, una cotorra, dos canarios, seis gallinas y un galápago.

Cuando salí del coche ya estaban las gallinas picoteando alrededor.

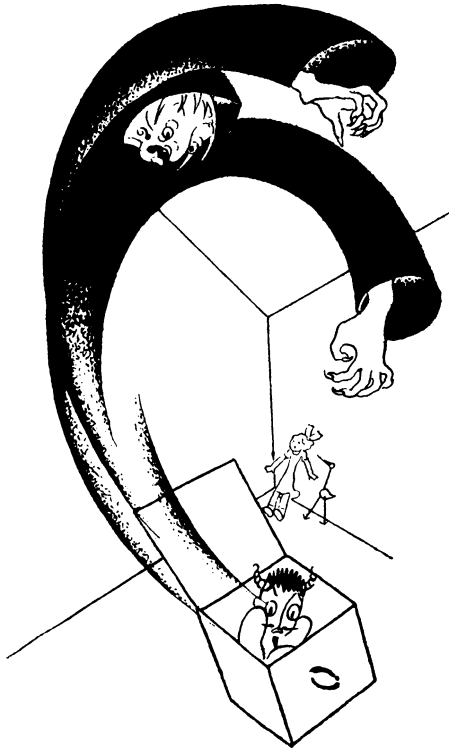
¡Dios mío, qué alegría más grande me entró! Es que hacía sol, y como estamos en vacaciones..., y no estoy en el colegio, y vamos a buscar a papá y mamá...

Todo estaba lleno de gente, porque era una romería, y por todas partes había puestos de castañas y nueces.

Nosotras íbamos de un lado para otro, viéndolo todo. Las niñas nos miraban y querían saber cómo nos llamábamos, y nos tenían mucha envidia... ¡Porque ser titiritera es más que ser princesa o hada!...

Yo se lo explicaba todo:

–*Monsieur* Polichant es un mago. Aquella muchacha que cose en la ventana es una sirena de las que detienen



a los barcos... Ésta es la hija del rey moro, y yo soy una princesa encantada...

Estábamos muy entretenidas, cuando me cogió de un brazo *monsieur* y me subió al coche en volandas.

Dice que no quiere que le cuente a nadie quién soy ni que nadie me vea, y me amenazó con meterme en la jaula con el elefante.

—¡Pero si yo no he dicho!...

Coralinda lo dijo todo y se divertieron mucho. Cuando lleguemos a Francia yo también trabajaré en el circo..., y cantaré y bailaré. ¡Qué contento se pondrá papá cuando lo sepa!

Pasé el día asomándome por las ventanas, y cuando llegó la noche y las cerraron, vi a todos que se vestían de oro y de plata para la función. Luego se marcharon. A la sirena la llevaban en brazos, y también a *Carachupa* y a la cotorra. A mí me dejaron con la cigüeña y las gallinas.

¡Toda la casa estaba encantada! Cuando cerraron la puerta con llave, se empezó a mover la lámpara que cuelga del techo, y todas las paredes se llenaron de sombras que subían y bajaban...

Me puse en un rincón para dormir, y *Culiculá* se vino a mi lado.

De pronto sentimos ruido dentro de la caja que había encima de la mesa. Es la caja que está pintada en los carteles con el diablo dentro.

Escuché mucho rato casi sin respirar, y oía: «Tras, tras, tras». Era mi corazón, que se había asustado.

También la cigüeña tenía miedo.

—No te asustes, boba —le dije callandito—. Es el diablo de la caja, que quiere salir.

¡La caja se movía!... De repente, se cayó al suelo y se abrió.

El demonio colorado, con rabo y bigotes, salió corriendo y saltó a la lámpara.

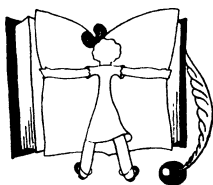
¡Cómo me miraba! Tenía unos ojos chiquititos, con un rayo de luz verde...

Yo me tapé la cabeza para no verlo... Pero seguía escuchando.

Y oí un chillido como de rata, que salía de los vestidos del colgador... Me destapé un ojo. ¡Era una bruja negra y larga, que llegaba al techo! Sacó una mano amarilla, cogió al diablo y lo metió en la caja.

–Ya sabemos que Celia es muy mala –dijo–. Pero ya la castigaremos más adelante... –y cerró la caja con llave y se fue.

El que no lo crea, que venga a verlo como yo lo he visto. ¡Vaya!



Con la mona



Después de aquella romería a la puerta de una ermita, estuvimos en la plaza de un pueblo en el que había fiestas.

Vendían confituras, y helados, y hasta pasteles. *Monsieur* Polichant compró dos docenas para nosotros.

A la perra y a *Carachupa* no les trajo nada, y los miraban muy tristes... Yo se los dejé lamer un ratito y nadie lo notó... ¡Pobres!

La mona me quiere tanto, que no puede separarse de mí.

Siempre la estoy defendiendo de los chicos, que le tiran del rabo y le hacen burla.

Es cariñosa como un niño chiquitín.

Por eso pasamos un disgusto tan grande cuando nos la quitaron.

¡Ah! Pero es verdad que vosotros no lo sabéis todavía...

Pues, sí; nos la quitaron.

Fue una noche, en un pueblo. Estábamos en la representación en medio de la plaza.

Yo, como aún no trabajo, estaba sentada en las escaleritas del coche. Porque desde el día en que ocurrió lo del diablo de la caja no me han vuelto a dejar sola.

Desde allí veía a *Carachupa* subida en un palo, comiendo pan, mientras llegaba el momento de trabajar ella.

Un señor gordo, que era el alcalde, le tiraba del rabo.

La mona le miraba muy enfadada y chillaba un poco. Entonces el señor soltaba, pero al poco tiempo le daba otro tironcito.

Hasta que la mona se cansó, y una de las veces que la tenía agarrada, se agachó y le dio un buen mordisco.

El alcalde empezó a gritar. Le envolvieron la mano en un pañuelo, y tanto chillaron todos, que hubo que suspender la representación.

Carachupa, asustadísima, se refugió contra mí.

No decía nada; pero en la cara conocía yo que estaba contenta del mordisco.

Monsieur, en cambio, se puso furioso, y hubiera pegado a la mona si no llegan dos hombres de parte del alcalde a llevársela.

¡Pobrecita! La metieron en un saco y se fueron con ella.

Todos llorábamos, y *monsieur* decía muchas veces:

–*Nom d'un chien!*

Porque siempre que se enfada dice eso... Es que se acuerda de algún perro que tuvo, y no quiere decir cómo se llamaba...

Pensé un rato y me empezaron a salir cosas de la cabeza.

–*Monsieur*, yo traeré a *Carachupa*.

–*Toi?* ¡Oh! Tú no sabes *rien*...

–Sí, señor; sí sé. He visto que metían el saco en esa casa grande. El Ayuntamiento.